

ISABEL

¡Porque, donde tengo fe,  
no quiero tomarme afán!

REY

Ya lleva en el Garellano  
tres meses.

ISABEL

Por eso hablaba  
de fe; que la fe sobraba  
con la victoria en la mano.  
Y aún no sabemos. . .

REY

Sabemos  
que Don Gonzalo es allí  
más rey de lo que podemos  
serlo nosotros aquí;  
hace a su antojo y su modo:  
lleva su plan y lo calla. . .

ISABEL

¿Sabéis de un plan de batalla  
mejor, que triunfar en todo?

REY

Como aleja a los demás,  
apoyándose en su sola  
tropa de gente española,  
pierde el tiempo.

ISABEL

¿Perdió más  
de hora y media en Ceriñola?

REY

Del botín hace almoneda  
que reparte a sus soldados;  
regala villas, condados. . .

ISABEL

Pero entonces ¿qué se queda?

REY

¡El cetro, que no es guijarro  
del camino!

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
1965 MONTERREY, MEXICO

ISABEL

Acusación...

REY

¡Que sostiene y con razón  
el Conde Pedro Navarro!

ISABEL

¿El Conde? ya estoy confusa  
de mi defensa y me allano:  
cuando hace conde a un villano  
de las mercedes abusa.

REY

Por tanto, Reina, debéis  
llamarle.

ISABEL

¿Sin más razón  
que la torpe acusación  
de Navarro?

REY

Vos la oiréis.

ISABEL

¿Navarro está aquí?

REY

Cumpliendo  
mis órdenes. Fué enviado  
para acusarle, volviendo  
cuando le viera culpado.

ISABEL

¿Culpa, en el Gran Capitán?

REY

Y tal, que no la perdono.  
No llevó a Italia otro afán  
que arrebatarme aquel trono.

ISABEL

¡Miente Navarro!

REY

Tal vez.

Por eso, para fallar  
si miente o no al acusar,  
debéis oírle y ser juez.

ISABEL

¡Oidle vos, que de un día  
que le escuchara, señor,  
yo conservo todavía  
la cicatriz y el dolor!

*(Va a salir, por el fondo).*

REY

¿Me dejáis?

ISABEL

*(Revolviéndose.)*

Porque no quiero  
quedándome, verle entrar  
donde, hasta hoy, para reinar,  
¡no toleramos tercero!

REY

Debéis recibirle.

ISABEL

Rey:

bien que mal, mediante Dios,  
hasta hoy tuvimos los dos  
la guarda de nuestra grey;  
los dos, solos; que nos plugo  
por todas nuestras Castillas,  
conllevar ambos el yugo,  
dando al pueblo las gavillas.  
Pero ¡ay de vos, si a la roca  
donde estáis, hollando el barro,  
dejáis que llegue la boca  
de víbora de Navarra!  
Yo he puesto en los eslabones  
rígidos de los deberes,  
a tortura, las pasiones  
de los hombres y mujeres;  
yo no he tenido jamás  
cárcel guardándome tanto,  
rejas forzándome más

que los leones del manto;  
 ¡pero tembladle al poder  
 ciego de mi indignación,  
 si él despierta a la mujer,  
 mordiéndome el corazón!

*(Sin esperar réplica, sale por el fondo. El Rey, pensativo, deja sobre la mesa la carta de la Reina. Diríase que no ve entrar a Pedro Navarro, por la izquierda. Éste, aguarda en silencio las órdenes de su Rey. Por fin, mirándole, dice Don Fernando.)*

REY

Pedro Navarro, la Reina  
 creyendo en la lealtad  
 de don Gonzalo, desoye  
 vuestra acusación.

NAVARRO

Pensad  
 que fué siempre amparadora  
 de quien yo vengo a acusar.

REY

Pienso llamarle a Castilla  
 donde pueda contestar  
 a vuestros cargos.

NAVARRO

Debéis  
 llamándole, recordar  
 que será la vez tercera  
 que el regreso le ordenáis;  
 no es nuevo que ordenes vuestras  
 las desoiga el Capitán,  
 señor Rey.

REY

¿Y si le llama  
 la misma Reina, vendrá?

NAVARRO

Vendrá. Don Gonzalo es hombre  
 que todo lo dejará  
 cuando la Reina y la dama  
 se junten para ordenar.

REY

Vuestra respuesta, Navarro,  
como la cruz de un puñal  
es doble y esconde un diente  
venenoso de alacrán;  
pero yo quiero, escuchándola,  
que impávido me veáis  
poner a prueba las mallas  
de mi cota de Milán.

NAVARRO

Por Dios, que no quise heriros.

REY

Por Dios, que bien se verá.

*(Presentando a Navarro la  
carta que escribió la Reina.)*

Esta carta en que la tinta  
aún no ha podido secar,  
para el Almirante ha escrito  
la Reina, queriendo honrar  
sus hechos; en esta carta

a un vasallo que es leal  
se manda venir a España  
desde el sitio donde está;  
pues esta carta decide  
y ordena mi autoridad  
que a las manos de Gonzalo  
vaya en Italia a parar.  
De los rumbos que le damos  
nada ha de saber jamás  
la Reina sino por mí;  
la vida en ello te va.  
Y ahora, recibiendo unidas  
en ésta, la autoridad  
de la Reina y de la dama,  
¿qué hará Gonzalo?

NAVARRO

¡Vendrá!

REY

*(Entregando el pliego a  
Navarro.)*

¡Vuele la carta a sus manos!  
¡Nadie extrañará, al volar,  
que como la hicieron plumas,  
la desvíe el huracán!

NAVARRO

*(Disponiéndose a salir.)*

¡Corro a llevársela, a nado  
si es menester!

REY

¡No, tú, no!  
un tu escudero; a ti, yo  
te quiero siempre a mi lado.  
Te honro mucho; has dado perlas  
a mis arcas, tan gloriosas  
y has dicho tan grandes cosas,

*(Transición brusca.)*

¡que tendrás que mantenerlas!  
Venga el Capitán rendido;  
y frente a frente los dos,  
¡tú acúsale, vive Dios!  
pero ¡ay de ti, si has mentido!  
que, por mi cetro real  
el alma y el corazón  
he de atravesarte, con  
el diente de tu puñal.

*(Sale por el fondo, dejando  
anonadado al Conde.)*

MUTACIÓN

CUADRO SEGUNDO

Un rincón del palacio real de Nápoles. Gonzalo de Córdoba, rodeado de capitanes y caballeros españoles e italianos, regresa de la jura solemne de fidelidad a los Reyes, en la plaza. Su hija Elvira le ayuda a desceñirse la armadura, y los caballeros y capitanes cambian impresiones con el magnífico caudillo.

PRÓSPERO COLONNA

*(A Doña Elvira.)*

... Y al desatar el casco, en que la pluma  
viéndose poca para tanta gloria,  
prefirió ser esclava a hacer la suma  
de sus hechos famosos en la historia,  
Doña Elvira, pensad que solamente  
por llevar la contraria al Conde Pietro,  
ya no es la espada, entre sus manos, cetro;  
rey vuestro padre, y en la clara frente,  
su capacete de metal, corona.

GONZALO

Me honráis hablando, Próspero Colonna,  
pero os atajo al paso; no tolero  
lisonjas que, aun de vos, abaldonaran

oídos de vasallo donde entraran.  
¿Sabéis, a todo un trono, qué prefiero?

*(Corriendo a él, con los  
brazos abiertos.)*

¡vuestros brazos de amigo y compañero!

COLONNA

¡Vayan de corazón!

GONZALO

*(Acompañando, cada vez,  
las palabras con la acción.)*

Y vuestra mano,

condotiero italiano;  
y esta vuestra, marqués, que ya me extraña  
que esté una hora huérfana de hierro;  
y ésta, que trae tal ímpetu de España  
que, viendo en alto una bandera extraña,  
¡para arrancarla de él, arrasó un cerro!  
— ¡Por Dios Santo, qué día!... Atrás se queda  
para siempre confuso el Garellano,  
llevándole en sus ondas, mientras rueda,  
este enigma, que pasma, al Oceano:  
¿cómo, a pie enjuto, atravesó mi gente  
sin que casi él lo viera, su corriente?

ELVIRA

*(Entre ingenua y grave; in-  
teresándose.)*

Decidme entonces ¿cómo fué?

COLONNA

*(Ponderativo.)*

Señora,  
yo fui a pasarlo, y no lo entiendo ahora.

ZAPATA

*(Familiarmente.)*

¡Mi dueña, era imposible!

GONZALO

Exactamente:  
pasarle, era imposible. Consumía  
nuestras horas el tedio y el letargo  
de la impotencia; mi real veía  
forzosa la derrota; y sin embargo  
pedí, una noche, mi caballo; ciego,  
di la zurda al rendal; la diestra al pomo

de mi espada; fué un vértigo de fuego  
dentro de mí; gritó, yo no sé cómo  
«¡por la Reina!» una voz, en lo intangible  
del aire; piqué espuela, asentó el callo,  
vino España detrás de mi caballo  
¡y se acabó, en Italia, lo imposible!

COLONNA

¡Para el Gran Capitán!

GONZALO

Mientras agrande  
la fé, al esfuerzo; al corazón, la idea;  
mientras Doña Isabel reine y lo mande  
¡no hay en España hidalgo que no sea  
Gran Capitán para una Reina grande!

*(Dirigiéndose a su hija,  
con ternura y entusiasmo a  
la vez.)*

— Y aquí mismo hija mía. En la ancha plaza  
cuando hace poco, los napolitanos  
juraron en mis manos,  
con estos claros verbos de su raza,  
fidelidad a nuestros soberanos;  
cuando empezó a sonar por todas partes

el grito que concilia  
represalias de pueblos y estandartes:  
«¡Paz en Italia! ¡Nápoles, Sicilia  
por Isabel!», la multitud hirviente  
sacó su corazón: la plaza exigua  
vió renovarse la hermandad antigua  
y, común madre a la latina gente,  
el agua blanda que harmoniosa baña  
los dos brazos del golfo dilatado,  
¡recogiéndolo allí, se habrá llevado  
el corazón de Nápoles a España!

COLONNA

Ingratitud en vos, porque era vuestro

GONZALO

Del trono el lauro y el esfuerzo nuestro.  
— Próspero es vuestro nombre ¡siempre a una  
caminen, para vos, nombre y fortuna!

*(Ambos caudillos se estre-  
chan las manos.)*

— Vosotros, capitanes y soldados,  
seréis recompensados  
todos y cada uno. Aunque se diga  
de vuestro Rey aragonés que, acaso,